

D. H. Lawrence

**El amor es la felicidad
del mundo**

Traducción del inglés de
Carlos Jiménez Arribas

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 63 (serie menor)

Índice

Nota a la edición 9

El amor es la felicidad del mundo

El amor 15

La vida 29

El estudio cabal 39

Sobre el destino de la humanidad 51

Sobre cómo ser hombre 69

Los libros 93

Nota a la edición

Aunque *Reflections on the death of a porcupine and other essays* [Reflexiones sobre la muerte de un puercoespín y otros ensayos] se publicó por primera vez en 1934, cuando su autor ya había fallecido, respondía a la voluntad y al orden que el propio David Herbert Lawrence fijó para que se recogiera en forma de libro aquello que, entre su producción ensayística de madurez, consideraba lo más destacado.

En estos textos, compuestos en el primer tercio del siglo XX, Lawrence muestra la maestría de su pluma y lo insobornable de sus planteamientos. En ellos levanta acta del mundo de entreguerras y, lejos de conformarse con emitir un canto a mitad de camino entre la nostalgia y el Apocalipsis, ofrece la propuesta que se espera de todo gran artista: no solo lo preclaro de su pensamiento, sino lo impagable de una auténtica visión.

Otros autores de la generación de Lawrence, como el poeta irlandés W. B. Yeats, se vieron en una encrucijada histórica similar y también respondieron ante ella con su obra. En el caso del novelista inglés, estos ensayos son menos conocidos que sus novelas, y menos también que los dedicados a sus viajes o a la literatura anglosajona, pero con la perspectiva que dan los años, nos parecen hoy más comprometidos con la necesidad de buscar una verdad ética y estética ante el desplome de la realidad histórica. Un latido los recorre y los vuelve actuales: la búsqueda de un sentido y una religación del ser humano con sí mismo y con el mundo natural, la creencia en una sociedad futura más humana, el afán de dar con lo más radical de la existencia.

Los seis ensayos escogidos para el presente volumen —de entre los veintitrés que incluía la edición original inglesa— brindan una revisión personalísima de cuestiones universales, ya se trate de amar, de vivir la vida con conciencia y plenitud o de conocer y conocerse en el sentido más perentorio y esencial del término. Entran sin ambages en el ámbito de la filosofía, la religión y el arte. Iluminan, en fin, las sendas por las que deambula confundida la humanidad. Pero, sobre todo, el conjunto confirma

a su autor como un expedicionario, uno más, en la gran aventura del conocimiento, ya que casi un siglo después, todavía seguimos preguntando y preguntándonos. Y Lawrence plantea en estos escritos su propio racimo de respuestas.

El amor es la felicidad
del mundo

El amor¹

El amor es la felicidad del mundo. Pero la felicidad no es todo lo que nos colma.

El amor es una confluencia. Pero no puede haber confluencia sin la correspondiente separación. En el amor, todas las cosas confluyen en unidad de gozo y alabanza. Pero no se unirían si antes no estuvieran separadas. Y después de cerrarse el círculo completo de su unidad, no pueden ir más allá en el amor. El movimiento del amor, como la marea, se completa de este modo; tiene que haber un flujo y un reflujo.

De tal modo que la confluencia depende de la separación; la sístole depende de la diástole; el flujo depende del reflujo. No puede haber nunca un

¹ «Love», publicado por primera vez en *English Review* 26, pp. 29-35, enero de 1918. (*Todas las notas son del traductor*).

amor universal e inquebrantable. No puede haber marea alta en todo el planeta al mismo tiempo. No existe ni existirá nunca el reino irrefutable del amor.

Porque el amor es en puridad un viaje. «Mejor viajar que llegar a puerto», dijo alguien². En eso se basa la descreencia. Es una creencia en el amor absoluto, olvidando que el amor es por naturaleza relativo. Es una creencia en los medios, pero no en el fin. Es esta en realidad una creencia en la fuerza, ya que el amor es una fuerza unificadora.

¿Cómo se puede creer en la fuerza? La fuerza es instrumental y funcional, no es ni un inicio ni un final. Viajamos para llegar a puerto, no viajamos por viajar. Esta forma de viajar es, cuanto menos, pura futilidad. Viajamos para llegar a puerto.

Y el amor es un viaje, un movimiento, una acelerada confluencia. El amor es la fuerza de la creación. Pero toda fuerza, ya sea espiritual o física, tiene su polaridad, su polo positivo y su polo negativo. Todo lo que cae, cae por gravitación a la Tierra. ¿Y acaso la Tierra, mediante el movimiento opuesto a la gravitación, no ha expulsado lejos de sí a la Luna

² Robert Louis Stevenson, *Virginibus Puerisque*.

y la ha mantenido a conveniente distancia en el firmamento por los siglos de los siglos?

Así con el amor. El amor es la acelerada gravitación de un espíritu hacia otro espíritu, y de un cuerpo hacia otro cuerpo, en el júbilo de la creación. Pero si todo se uniera en un lazo de amor, no habría ya amor. El triunfo del amor es el final del amor. Y por eso, para los que están enamorados del amor, viajar es mejor que llegar a puerto. Porque una vez llegados, se supera el amor, o más bien, se abarca el amor en una nueva trascendencia. La llegada es el gozo más alto después de tanto viaje.

¡El lazo de amor! ¿Hay acaso una esclavitud más alevosa que esta? Es un intento de ponerle puertas al campo; la voluntad de detener la primavera, de no dejar que mayo se disuelva en junio, ni permitir que los pétalos del espino caigan cuando empiezan a brotar las bayas.

He aquí nuestra idea de la inmortalidad, este infinito del amor, el amor universal y triunfante. ¿Y qué es todo ello sino una cárcel y una forma de esclavitud? ¿Qué es la eternidad sino el paso interminable del tiempo? ¿Qué es el infinito sino una progresión interminable a través del espacio? La eternidad, el infinito, nuestras grandes ideas de descanso y lle-

gada, ¿qué son sino ideas de un viaje sin fin? La eternidad es el viaje sin fin a través del tiempo, el infinito es el viaje sin fin a través del espacio; y nada más que eso, lo pongamos como lo pongamos. Y la inmortalidad, ¿qué es, tal y como nos la figuramos, sino la interminable sucesión de lo mismo? Y una sucesión, un vivir para siempre, ese imperecedero para siempre, ¿qué es sino una forma de viajar? Y la ascensión de todo un cielo, ese fundirse en uno con Dios, ¿qué es, igualmente, sino una proyección en el infinito? ¿Y cómo puede ser el infinito una forma de llegar a puerto? El infinito nada tiene que ver con la llegada. Cuando conseguimos dar exactamente con lo que significa la palabra Dios para nosotros, la palabra infinito, la palabra inmortalidad, lo que nos queda es un significado de interminable sucesión en la misma línea y en el mismo sentido, el viaje interminable en una misma dirección. Esto es el infinito, viajar interminablemente en una única dirección. Y el Dios del Amor es la idea que tenemos de la progresión hasta el infinito de la fuerza del amor. El infinito no tiene que ver con la idea de llegada. Es tanto un callejón sin salida como el pozo del abismo. ¿Y qué es el infinito del amor sino un callejón sin salida o el pozo del abismo?